Reus

CÓMO VUELVE LO PASADO.

2

8

CÓMO VUELVE LO PASADO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y PROSA,

ORIGINAL DE

EMILIO REUS Y BAHAMONDE.

Estrenado en el Teatro Español la noche del 8 de Febrero de 1883.

MADRID
IMPRENTA DE LA REVISTA DE LEGISLACION
á cargo de M. Ramos
Ronda de Atocha, número 15.
1883

PERSONAJES

MARÍA (18 años)	Sra.	Contreras.
DOÑA CÁRMEN (45 años)		García.
ROBERTO (40 años)	Sr.	Calvo (D. Rafael).
DON JUSTO (60 años)		Donato Gimenez.
FERNANDO (30 años)		Calvo (D. Ricardo).
CRIADO 1º		Ribelles (J.).
IDEM 2º		Carrasco (J.).

La accion en Madrid. Epoca contempóranea.

A D. JOSÉ ECHEGARAY

Emilio Reus.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante. Balcon á la derecha. Dos puertas al foro. Otras dos á la izquierda. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO, FERNANDO.

ROBERTO. No te canses, Fernando. Nadie tiene en este mundo la vida que merece, sino la vida que el nacimiento, el acaso ó los pecados de sus padres le imponen. Si la vida es buena y el que á ella viene es bueno tambien, alegre y gozosamente la va pasando, y el cielo le parece azul, y la tierra un plantel de flores, sin más razon que haberle deparado su buena suerte un lugar escogido en este valle de lágrimas. Si la vida es ágria y difícil, y el que á ella viene trae hermoso corazon y nobles instintos, compadécele, Fernando, que por mucho que resista la corriente de las cosas, y por bien que luche contra ella, á santo podrá suceder que llegue, á ser dichoso no llegará nunca. (Con tristeza.)

FERNANDO. Si pronuncias ese sermon en nuestro Círculo, te regalan un hábito de franciscano, ó te dan una silba como para tí solo.

ROBERTO. Allí y aquí es verdad lo que te digo (Pausa.) Ayer fuiste conmigo al entierro de una pobre criatura...

FERNANDO. (Interrumpiéndole.) Una golondrina no hace verano.

ROBERTO. Es que hay una bandada de golondrinas que nubla el cielo.

FERNANDO. (Transicion.) Y tú que exiges tan severa cuenta de sus faltas

á todos, tú, fiscal implacable de siempre. sales ahora con que nadie es dueño de sus acciones, ni responde...

ROBERTO. ¿Quién dice tan nécia majadería? Coje dos semillas de dos plantas distintas, una que por fragante y hermosa lo merezca todo, otra que nada valga ni merezca. Arroja la que más vale al viento para que nazca entre estériles rocas ó al lado de pantanosa charca; siembra la semilla inútil entre cristales y al calor de los trópicos en hermoso jarro de porcelana, y cuando las dos broten y crezcan, la flor llena de aromas, de colores y de matices, la que buscarian los gnomos para morada y las mariposas para sepulcro, y las gotas de rocío para cáuce, morirá abandonada y miserable, sin otra culpa que la de haber nacido en aquel sitio, y la otra se verá festejada y recogida y alabada por los poetas, sin más mérito que el de haber nacido en un vaso tallado y en una atmósfera artificialmente perfumada. A los ojos de Dios, la flor vecina de la charca habrá siempre valido más que la flor de la estufa; pero vida por vida, cuán injusta y cuán irrisoria es esta diferencia! (Pausa.) Lo mismo los hombres, Fernando, lo mismo. Somos honrados ó perversos, segun nuestra voluntad lo quiere: arrastramos ó nos dejamos arrastrar, segun nuestra razon ó nuestras pasiones imperan,—esa es nuestra responsabilidad y nuestro mérito;—pero somos felices ó desdichados, segun nacemos en la templada estufa ó al lado de la charca mal sana.

FERNANDO. No he encontrado en la vida real esas novelas que tú finges. El que vale se hace valer. Yo conozco...

ROBERTO. (Con impaciencia.) Tú conoces uno ó dos que en apariencia quebrantaron esa regla. Asistes á un naufragio: ves que el barco se hunde, hecho girones el velámen y roto en astillas el casco, y gritas desde la playa: «¡Se salvó todo!» porque flotan dos palos rotos, un trapo viejo y seis cuerdas inútiles, sin mirar que se han hundido para siempre los pasajeros y las mercancías.

FERNANDO. ¿Qué trabajo te cuesta creer lo que yo creo? Nuestra existencia aquí es una letra de cambio que cumple en la eternidad. Si

allá no encontramos á nadie, quiere decir que hemos puesto nuestra fortuna en una casa de comercio que se ha declarado en quiebra.

ROBERTO. ¡Deliciosa moral la tuya! Como disculpa de una injusticia grande, una impiedad más grande todavía!

FERNANDO. Es que yo niego la injusticia.

ROBERTO. Yo sostengo lo dicho.

FERNANDO. Don Justo viene. Quedamos... (Levantándose.)

ROBERTO. En que la apuesta está en pié.

ESCENA II.

DICHOS. DON JUSTO.

JUSTO. Pronto llegará el café, amigos mios. Dispensen ustedes cuantas faltas observen. Hace tres años que vivimos aislados, y una pequeña comida de familia como la de hoy, es para mi hija un acontecimiento extraordinario. (Transicion.) Y yo que he pasado toda mi vida en los campamentos, soy sin duda el padre ménos á propósito para auxiliarle en estas dificultades de la etiqueta y del buen tono.

ROBERTO. Estás en la obligacion de aprender á resolverlas pronto.

JUSTO. Si comprendieras cuán horrible impresion he sentido al entrar en este gabinete!... Allí estaba *ella* casi siempre; aquí yo á su lado, mientras nuestra hija jugaba y reia por todas partes, distrayéndonos con sus carcajadas infantiles. ¡Qué hermosa vida aquella, Roberto! Nunca se quisieron y se respetaron tanto dos personas como nosotros nos respetábamos y nos queríamos... Dispense usted Fernando...

FERNANDO. Comprendo esos sentimientos, señor D. Justo, y me asocio á ellos.

JUSTO. Hace tres años que no habia entrado en esta habitacion que era la suya. ¡Hoy se empeñó Cármen en abrirla, y á fé que me ha hecho pasar un rato bien triste!

ROBERTO. ¡María llega! No hablemos de cosas desagradables.

ESCENA III.

DICHOS. MARÍA, DOÑA CÁRMEN, UN CRIADO con el servicio de café.

MARÍA. No digan ustedes que he tardado mucho. (Transicion, sirviendo el thé.) ¿Más azúcar, Fernando?

FERNANDO. Está á maravilla.

MARÍA. Una taza á tu gusto. (A don Justo.)

CÁRMEN. ¿Para mí no hay nada?

MARÍA. Sírvete: yo voy á dar su parte á Roberto. (Pasando al otro lado de la escena, donde está sentado Roberto.) Sin azúcar: usted es poco amigo de cosas dulces.

ROBERTO. Voy cambiando de opinion ahora. (Se coloca junto al respaldo de María.)

FERNANDO. (Crea usted que será un suceso la aparicion de María en el mundo elegante. (A don Justo.)

JUSTO. Para que ella sea feliz, hacemos Cármen y yo el sacrificio de nuestras tristezas. (A Fernando.)

MARÍA. (No comprendo esas vanidades.

ROBERTO. Haces como quien no quiere entender lo que le dicen. Yo no te hablo en general, te hablo...

MARÍA. Por hablar, dejas que se enfríe ese amargo café que tanto te complace. Lo cual prueba que á pesar de tu aficion á las cosas amargas, tardas mucho tiempo en tomarlas... ó en entenderlas.) (Con malicia.)

FERNANDO. (No sabia nada.

JUSTO. Mi hermana Cármen es una mártir. El dia que su marido necesitó una gran cantidad para librarse de la deshonra, le dió su fortuna: el dia que necesitó su abnegacion para no morir como un perro, le dió todo el caudal de su abnegacion, prolongando así dos años una existencia gastada por todos los vicios.

FERNANDO. Le amaria mucho...

JUSTO. Amaba su deber, y su deber tenia entonces forma de marido.)

ROBERTO. (Pero al menos el orgullo de dominar á quien nunca fué dominado...

MARÍA. Esas son cosas de novela. La mujer que quiere, aspira solo á esas dichas vulgares para tí, que alejan á los maridos de todos los bullicios de la tierra.

ROBERTO. El valor, la gloria, los negocios. ...

MARÍA. Estorbos para la felicidad: halagos y distracciones, que apartan del rincon dichoso del hogar.

ROBERTO. Eso lo dicen tu egoismo y tu coquetería.

MARÍA. Lo dice mi corazon.

ROBERTO. ¡Es imposible que tu sientas eso!

MARÍA. ¿Por qué no? Soy tan vulgar, tan cursi, que no me entusiasman para maridos ni los sábios ni los Tenorios. (Con malicia.)

ROBERTO. (¡Qué infernalmente coquetas son estas mujeres inocentes!)

MARÍA. (¡Qué inocentes son estos hombres que se llaman de mundo!) (Se levantan y dejan las tazas sobre el velador.)

JUSTO. Parece que reñíais. (Volviendo la cabeza.)

ROBERTO. Cosas de tu hija (A don Justo.)

MARÍA. Cosas de Roberto, papá.

CRIADO 1°. (La modista espera á la señorita para enseñarle unas muestras. (A Maria.)

MARÍA. (Oyes, tia? Vamos, y me ayudarás á elegir.)—Con permiso. —De paso mandaremos arreglar la sala de billar para ustedes. (A Fernando.)

ROBERTO. (¿De modo que nunca podrás amarme?) (A Maria, al salir por la puerta, y con voz emocionada.)

MARÍA. (Torpe!) (Sonríe sin contestar.)

FERNANDO. Yo voy á ensayar la mano mientras usted viene. (Baje usted solo y hablaremos.) (A don Justo.)

ESCENA IV.

ROBERTO, DON JUSTO.

ROBERTO. No te vayas: necesito hablarte. (Deteniéndole.)

JUSTO. Hablemos.

ROBERTO. Estoy enamorado de tu María; (Movimiento de sorpresa en Don Justo.) la quiero como un loco, y es necesario que tú lo sepas. (Con nobleza.)

JUSTO. ¿Y le has dicho?...

ROBERTO. Lo bastante para tener el derecho de hablar contigo.

JUSTO. Me dejas sorprendido.

ROBERTO. ¿Crees acaso, como esos nécios que me rodean, que yo no tengo corazon?

JUSTO. Pero entregar mi hija...

ROBERTO. No te pido que me la entregues, sino que me dejes ganármela.

JUSTO. Sabes que te quiero de veras; pero tu pasado...

ROBERTO. No voy á ofrecer á María mi pasado, sino mi porvenir. Si es la vida un libro, cuyas hojas se van pasando una por una, allá donde el destino de los hombres se decide: si el futuro es como un cielo cerrado en cuyas nubes puede por igual esconderse la lluvia que fecunda ó el pedrisco que mata. ¿Qué sabes tú las dichas y la ternura que yo puedo tener para tu hija?

JUSTO. Deja que te hable como padre que medita, no como amigo que disculpa... María es un ángel de inocencia, y tú...

ROBERTO. Yo soy un demonio. Estoy cansado de que me lo digan, pero no es cierto. (Con impaciencia.) (Transicion.) Tú has sido desde que naciste un hombre felíz, de afectos reposados, de vida tranquila: yo no pude ser como tú, aunque muchas veces lo intenté en vano. A edad en que la razon aún no sujeta, sentía ya la pasion que excita; sin medios honrados para satisfacer el deseo, sentia ya el deseo encendido en todos los rincones del alma. Yo era jóven, era rico: estaba solo: pequé muchas veces, sin mirar nunca lo que dejaba atrás, ni pensar lo que para en adelante perdía. La vida me abrió de par en par sus puertas y me entré por ellas, buscando la dicha que aún no he encontrado. Jugué porque era poderoso: vencí á muchos hombres, porque era diestro, y fuí dueño de muchas hermosuras, porque yo

atrevido, ellas frágiles, mediador el oro, ¿qué habia de suceder, sino lo que tantas veces ha sucedido, mientras siga como vá el mundo, llamando á la virtud torpeza y al vicio gentileza y gallardía? Soy culpable con esas mujeres, no te lo niego, como es culpable el viento que troncha y deshoja las flores de los campos á su paso, porque está en la naturaleza del viento ser fuerte y en la de las flores dejarse romper y deshojar por el viento. Si como tú hubiese hallado en la primera mujer que quise lo que yo buscaba y ella no tenía, alma, mi vida hubiese corrido dulce y placentera como la tuya. No lo quiso mi desdicha, y corrió turbulenta y agitada, hasta ahora que encuentra por vez primera playa cariñosa de descanso.

JUSTO. Mira, Roberto; todo cuanto yo pueda decirte, tú lo sabes de sobra ántes de que yo te lo diga. Tengo miedo á tu carácter, miedo á tu inconstancia, miedo á tu historia. (Transicion.) Si tú mañana te arrepientes de lo que ahora piensas y te apartas de María, su inocencia y tu mala fama serán dos alicientes para una sola infamia, y entónces...

ROBERTO. Sé muy bien que no he de arrepentirme.

JUSTO. Es más. Si tú fueses mañana marido de mi hija y la engañases; si yo viese en sus mejillas llanto, ménos aún que llanto la sombra del pensamiento de una lágrima causada por tí... estoy seguro de que tú ó yo sobrábamos en la tierra.

ROBERTO. Cumplirias tu obligacion de padre; pero ahora no se trata de eso. Si María llega á amarme, si su alma llega á ser mia como yo espero y como yo he de procurar que suceda; si tu hija quiere alguna vez ser mi mujer, ¿te opondrás?

JUSTO. Si ella quiere... Lo mejor será que abandones esa idea.

ROBERTO. ¿Te opondrás, sí ó no?..

JUSTO. Si ella quiere...

ROBERTO. Eso corre por cuenta mia. ¿Te opondrás?

JUSTO. No. Pero créeme, piensa lo que haces.

ROBERTO. Lo tengo pensado hace tiempo. Lo que yo queria saber es lo que tú pensabas.

ESCENA V.

DICHOS. FERNANDO, desde la puerta.

FERNANDO. ¿No viene usted, don Justo?

JUSTO. Voy en seguida.

FERNANDO. Que espero. (Saliendo.)

JUSTO. Sabes quién es María y quién soy yo.

ROBERTO. No temas. Quien bien ama mira más allá de esta vida, y la idea de que nuestro pensamiento puede sobrevivirnos, hace nuestro pensamiento honrado. (Transicion.)—Vuelve pronto.

JUSTO. Subiré en seguida.

ESCENA VI.

ROBERTO, MARÍA.

ROBERTO. Ella vendrá. Ahora ya puedo hablarla francamente. Despertaré en su alma ecos dormidos hasta ahora: avivaré purísimos y ardientes deseos, que su inocencia no sospecha, y llegará á quererme tanto como yo ambiciono que me quiera.

MARÍA. ¿Tú aquí? (Con sorpresa y alegria.)

ROBERTO. ¿Dónde mejor que esperándote? (Con cariño.)

MARÍA. Con papá y Fernando en el billar, como otras noches.

ROBERTO. Aquí al lado tuyo estoy mejor que con ellos. Como tu padre, tengo amigos, aunque muy pocos: como Fernando, los tengo á docenas... como tú, no conozco á nadie.

MARÍA. Y para querer ó estimar á una persona, ¿qué importa sean pocas ó muchas las que como ellas se conocen?

ROBERTO. A Dios se le adora porque es único. Pon á Dios un igual, y ya no le adoras como á Dios, sino como á otro sér cualquiera.

MARÍA. ¿Tanto me quieres?

ROBERTO. ¿Dudas que te amo? Una mujer como tú, no puede estar mucho tiempo al lado de un hombre como yo, sin que ese hom-

bre quede ciego por ella. Y no me bastaban estos amores reservados que á tí sola confío hace ya tiempo: no me bastaba saber yo sólo que tú me correspondes: he querido que todos lo supiesen, y he hablado á tu padre.

MARÍA. ¡Roberto!

ROBERTO. Contéstame.

MARÍA. ¿Tan pronto?

ROBERTO. Para nosotros, el amor no ha de tener dificultades ni tropiezos. En seguida haremos público nuestro cariño.

MARÍA. Es tan dulce quererse sin que nadie lo sepa. Todos los amantes rodean su amor de misterio, y tú vas á contar el nuestro á todo el mundo. Yo quiero quererte, pero no que sepan todos que te quiero, y estén mirando siempre lo que hacemos para desmenuzarlo y comentarlo, y fingir adivinaciones y profecías sobre las cosas más pequeñas é insignificantes.

ROBERTO. Eres romántica! (Con cariño.)

MARÍA. No te burles!.. (Con mimo.) Yo tengo razon en lo que digo: (Con convencimiento.) ¿Cómo hablan siempre los enamorados? En voz baja. ¿Cuál es la estrella de los amores? La luna. ¿Qué frase es la más dulce para un amante? La que se dice con los ojos, porque no tiene como las demás el límite pobre y estrecho de la palabra humana. Pues si la estrella de los amores es la que nunca se muestra por el dia, y las palabras del amor las que ménos se oyen y entre todas la más suprema, aquella que no puede pronunciarse, mira cómo es verdad que el amor y el misterio son hermanos, y cómo soy yo quien acierta y tú quien se equivoca.

ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA CÁRMEN.

CÁRMEN. Creí que estabas sola, y por eso me he entretenido un poco.

ROBERTO. He procurado sustituir á usted lo ménos mal posible.

MARÍA. Estaba diciendo á Roberto cómo eran los encajes que acaba de llevarse la modista.

ROBERTO. Y yo admiraba lo que proyecta la elegancia natural de María, unida al buen gusto de usted, cada vez mayor á pesar de sus penas.

MARÍA. La verdad es que no pareces una viuda de poco tiempo.

CÁRMEN. Por mi desgracia no lo soy. Hace diez y ocho meses que murió mi marido; pero van corridos muchos años desde que estoy viuda.

MARÍA. Papá viene. Oigo hablar á Fernando.

ROBERTO. Habrá ganado. Cuando pierde, habla poco y de mala gana.

ESCENA VIII.

DICHOS, DON JUSTO, FERNANDO, entrando de repente.

FERNANDO. Esta noche está don Justo desatinado! Treinta carambolas por once!

JUSTO. (¿Sabes que Fernando me ha hablado sériamente de lo mismo de que ántes me hablaste?) (A Roberto.)

ROBERTO. (Pero tú...)

JUSTO. (Yo he dicho que María es libre para elegir como quiera.)

ROBERTO. (Y él...) (Con impaciencia.)

JUSTO. (Está tranquilo y esperanzado...)

FERNANDO. (En el otro lado.) (Yo sé de álguien que al lado de usted se consideraría el hombre más venturoso de la tierra.) (A María.)

MARÍA. (No pensará como usted el que eso ambicione.) (A Fernando con ironía.)

FERNANDO. (¿Si fuese yo mismo?)

MARÍA. (Entónces sería usted feliz desde ahora, puesto que estamos juntos.) (Con malicia.)

FERNANDO. Tiene usted una sobrina encantadora. (Confuso, á doña Cármen que está ojeando un álbum.)

ROBERTO. (No te parece que hablan demasiado?) (A don Justo, con impaciencia.)

JUSTO. Ya se cansarán.

ROBERTO. Es que...

JUSTO. ¿Tienes celos acaso?)

ROBERTO. Oye, Fernando. (En voz alta.) (Impaciente, le trae á su lado, miéntras D. Justo, Maria y Doña Cármen forman otro grupo.) (Dice Justo que le has hablado de ciertos proyectos tuyos acerca de su hija. (Con calma.)

FERNANDO. Estoy en edad de pensar gravemente.

ROBERTO. Hazme el obsequio de pensar grave ó ligeramente, como tú quieras, en todas las mujeres que conoces, ménos en María! (Con sequedad.)

FERNANDO. No comprendo... (Sorprendido.)

ROBERTO. Es bien fácil de comprender, sin embargo.

FERNANDO. Es que yo amo á María (Con resolucion.)

ROBERTO. ¡Yo tambien! (Con violencia.) ¡Basta por ahora! (Separándose de él.)

CÁRMEN. ¿Qué discuten ustedes con tanto acaloramiento?...

FERNANDO. Yo le explicaré á usted. (Comienzan á hablar en voz baja, miéntras Roberto pasa las hojas de un álbum.)

MARÍA. ¿El baile será pronto, muy pronto, verdad? (A Don Justo.)

ROBERTO ¿Vamos, Fernando? Es ya tarde, y estamos molestando...

FERNANDO. Voy á casa desde aquí... (Buscando un pretexto.)

ROBERTO. Yo á la mia que está más léjos.

JUSTO. Es una locura vivir donde tú vives.

ROBERTO. A diez minutos de Madrid. Aquí dentro no tendria el espacio ni la libertad que allí me sobran.

JUSTO. No publique usted mi derrota de esta noche. (A Fernando.)

MARÍA. Hasta mañana, Fernando.—Adios, Roberto.

ROBERTO. Adios, María. (Con ternura.) (¿Te ha dicho algo Fernando?) (Con inquietud.)

MARÍA. (¡Tontunas!)

FERNANDO. (Hable usted pronto á María. (A D. Justo, y pasa á despedirse de las dos.)

ROBERTO. (Es importuno como él solo el tal Fernando.) Adios, Justo. (En voz alta.) Cármen, adios. (Saludando.) (¿Me quieres?) (Al pasar cerca de Maria)

MARÍA. No. (Con cariño.)

FERNANDO. (¡Le ama! (Mirándolos, con encono.) ¿Qué me importa? Ni él ni ella saben algo que yo solo recuerdo. Tengo siempre un medio seguro de separarlos.) Vamos Roberto que ya es tarde, y estamos molestando á estos señores... (Con ironía y acercándose al grupo de María y Roberto.)

JUSTO. Mañana hablaremos de las invitaciones. (A Roberto.)

ROBERTO. Estaré á tus órdenes todo el dia.

FERNANDO. Hasta mañana.

JUSTO. No trasnochar demasiado. (Despidiéndolos en tono de broma.)

CÁRMEN. Buenas noches. (Se despiden de María y salen.) (¿Te parece que vaya á preparar?) (A D. Justo, hablándole bajo.) (Váse Doña Cármen.)

JUSTO. (Sí.)

ESCENA IX.

MARÍA, DON JUSTO.

MARÍA. Tenias un secreto que decirme (Con cariño.)

JUSTO. Y grave. Me han pedido tu mano. (Con misterio.)

MARÍA. ¿De veras?

JUSTO. Alguien que ha salido de aquí hace un instante.

MARÍA. Le habrás dado esperanzas. (Con mimo.)

JUSTO. ¿Es posible que te agrade un marido como..?

MARÍA. ¿Cómo Roberto? ¿Por qué no?

JUSTO. Yo hablaba de Fernando. (Con seriedad cómica.)

MARÍA. ¿Nada te ha dicho Roberto? (Con sorpresa.)

JUSTO. ¡Roberto es un calavera!

MARÍA. ¡Papá!

JUSTO. Un derrochador...

MARÍA. Es verdad. (Con malicia.) Las flores más caras de Madrid las compra todos los dias para regalármelas.

JUSTO. Un loco...

MARÍA. Tambien es cierto. Hace catorce meses estábamos en los baños

de Fuente-helada, y un incendio deshizo un pequeño grupo de casas de los alrededores. Cuando creíamos que los infelices habitantes de aquellas chozas se habian salvado, oyéronse los gritos de desesperacion de una mujer á quien el fuego sorprendió durmiendo y que no podia atravesar el círculo de las llamas. Habia allí más de cien hombres: Roberto solo se atrevió á socorrerla, y de allí la sacó con riesgo de su vida. ¿Sabes lo que dijeron todos? Que era un loco.

JUSTO. Debe ser un amor muy ardiente el tuyo, si empezó en un incendio.

MARÍA. ¿Ahora te burlas?

JUSTO. ¿No comprendes que me están haciendo reir tus inquietudes? (Transicion.) Roberto me ha dicho el amor que por tí siente. Ya ves, que te hablo más como amigo que como padre. Pero si amas á Roberto, has de ser su mujer muy pronto. Tiene más años que tú, y comenzará á ser viejo cuando tú llegues á la sazon perfecta de la vida.

MARÍA. Un marido tiene mucho de novio, bastante de hermano mayor, y algo de padre. Si le busco con tan poco juicio y tan pocos años como yo, podrá ser que en la parte de novio gane; pero perderé mucho en lo de hermano, y más aún en la parte de padre. (Pausa. Transicion.) Esta noche voy á soñar con Roberto... y contigo.

JUSTO. ¿Ya quieres que te deje?

MARÍA. Si no te enfada, quiero ver á solas todo lo que era de mi madre, y besar sus recuerdos antes de dormirme. (Acompaña á D. Justo hasta el foro, y le despide con cariño.)

ESCENA X.

MARÍA.

Estoy sola. Puedo reir y llorar á mi gusto. Ya he roto la jaula de mis penas. Queria ver á mi padre lejos de aquel aislamiento que le abrumaba y mi padre sacrificándose por mí, sale

de su horrible misantropía; queria un amor como todas las mujeres, y tengo el amor de mi Roberto! Qué feliz soy! (Transicion.) El espíritu de mi madre me proteje: está esparcido en este ambiente que me dá la vida: está oculto en cada uno de estos rincones, velando por su hija. (Pausa.) Aquí (abriendo el secretaire) guardaba ella los recuerdos dulcísimos de mi infancia! Cuántas veces los hemos visto juntas, madre mia! (Abre uno de los cajones del secretaire.) Flores! (Sacándolas.) Tenia yo dos años cuando las cojí en nuestro jardin y se las traje á mi madre. Fué el primer regalo que le hice. Pobre ramo! Mústio al dia siguiente, has vivido más que ella, que era entonces jóven y hermosa (Le besa.) Cabellos suyos y mios trenzados por su mano! Rayos de sol tendidos sobre pálidos resplandores de luna eran los suyos entre dorados y grises. (Los besa.) Tambien fueron rubios los mios cuando niña, y el luto de su muerte los puso negros para siempre.

ESCENA FINAL.

MARÍA, DOÑA CÁRMEN.

CÁRMEN. ¿Qué haces?

MARÍA. ¿Eres tú? (Besándola. Transicion.) Tengo una cosa que contarte.

CÁRMEN. ¿De amor?

MARÍA. Si viviese mi madre, á ella y á tí deberia confiar mi secreto. Tú sola estás á mi lado: tú sola me darás consejo.

CÁRMEN. Solo horas hace que vine á quedarme contigo para siempre, despues de una ausencia de tres años. ¿Cómo quieres que te aconseje, si no conozco á..?

MARÍA. (Interrumpiendo.) Le conoces: le has visto esta noche.

CÁRMEN. ¿Esta noche? (Con susto.)

MARÍA. Aquí.

CÁRMEN. ¿Fernando?

MARÍA. No: Roberto. (Con naturalidad.)

CÁRMEN. (Con explosion.) Tú casarte con Roberto Megía! Imposible! (Con terror.)

MARÍA. (Pausa.) ¿Por qué dices que esa boda es imposible? (Con voz profunda.)

CÁRMEN. (Qué he hecho!) Un aturdimiento, una ligereza, qué se yo!.. (Reponiéndose.) Si él te quiere y tú le correspondes... (Con naturalidad fingida.)

MARÍA. (Cogiendo las manos de Cármen y mirándola con fijeza.) ¿Te acuerdas que he vivido ocho años dia por dia al lado tuyo? ¿Crees que la educacion que me has dado, mientras mis padres vivian lejos de mí en tierras remotas, puedo nunca olvidarla? Pues si sabes que yo no sé mentir, ni sé consentir que me engañen, ¿por qué finges ahora? (Soltándose con brio y despues de una lijera reflexion.) Cuando murió mi madre viniste á pasar un mes conmigo, y hasta mucho despues de tú marcharte, no conocí á Roberto. Volviste al otro año, y Roberto estaba en Lóndres. (Movimiento de extrañeza en Cármen.) No te sorprenda: como ya entonces le queria, recuerdo bien las fechas de sus ausencias. Enfermo tu marido, fuiste á su lado, y con él estuviste mientras tuvo vida. Has empleado año y medio en arreglar tus asuntos y en decidirte á vivir conmigo. Hace pocas horas que llegaste: en ese tiempo nada ha sucedido. ¿Por qué juzgas esa boda imposible, casi sacrílega, á juzgar por tu espanto? (Transicion.) ¿Por qué callas?

CÁRMEN. Porque debo callar.

MARÍA. ¿Roberto te ha ofendido alguna vez?

CÁRMEN. No le he conocido hasta ahora.

MARÍA. Pues á alguien ha ofendido. Y no siendo tú, ni siendo mi padre... (Deteniéndose) y no habiendo conocido Roberto á mi madre.... (Transicion.)

CÁRMEN. Roberto conoció á tu madre con un nombre que no era el suyo.

MARÍA. ¿Qué dices? (Con horror.)

CÁRMEN. Mi padre, oculto en Tolosa, bajo el apellido supuesto de Quirós, vivia con su hija en inseguridad constante, gracias á sus

compromisos y á sus opiniones políticas. Roberto no supo nunca el nombre verdadero de tu abuelo ni el de tu madre, á quien todos llamaban Marta Quirós. Yo, casada, vivia en otra parte: por eso Roberto no ha podido esta noche reconocerme.

MARÍA. Y allí, ¿qué pasó? (Con ansiedad.)

CÁRMEN. Una historia de lágrimas, un rencor eterno: calumnias que solo Dios sabe si eran verdades, dos hombres frente á frente, uno desventurado, otro más diestro. Luego tiempo que corre, gentes que se apartan, olvido que viene, y el mundo siempre el mismo, sin haberse enterado, dando por partes iguales afectos y sonrisas á las víctimas y al verdugo.

MARÍA. Pero esos hombre, ¿por qué se mataron? (Con angustia.)

CÁRMEN. No lo sé.

MARÍA. Me engañas. (Con resolucion.) Y tu empeño en engañarme me está haciendo pensar cosas infames, cosas que no debia pensar nunca. (Transicion.) Necesito saber esa historia: lo necesito, y voy á comenzar para saberla, (pausa) por registrar cuantas cosas quedan de mi madre. (Levantándose y yéndose al secretaire.)

CÁRMEN. Ese mueble no tiene secretos. (Con inquietud creciente.)

MARÍA. El alma de mi madre no debia tampoco tenerlos, y tu me estás obligando á pensar que los tuvo. (Registra febrilmente los cajones uno por uno, con desesperacion.) No se ven señales de escondrijo alguno. No puedo saber nada. Me casaré con Roberto, aunque tú digas lo que quieras. (Con violencia.) Y seguiré amándole más cada dia. (Con energía y transicion.) Que él exaltado y exaltado tambien mi abuelo, lucharon á muerte! Uno habia de vencer, y venció el más valiente: venció Roberto. (Con violencia.)

CÁRMEN. Más diestro que mi padre, sí; pero ménos valiente y ménos honrado. (En tono de reproche.)

MARÍA. ¡Menos honrado...! (Ofendida.) ¿Luego fué por cuestion de honra aquella muerte? ¿Tú sabes lo que has dicho? ¿Olvidas que allí solo estaba mi madre? (Con estravío.) ¡Dime que fué por otra causa aquel duelo! (Con energía.)

CÁRMEN. No busques más. (Sin contestarla.)

MARÍA. El último... Nada... (Con ánsia.)

CÁRMEN. Más vale así. Hay infamias que no debes saber.

MARÍA. ¡Estoy segura que habían de resultar pequeñas al lado de las que yo estoy imaginando como posibles! (Con exaltacion.)

CÁRMEN. Te exaltas demasiado. La muerte de mi padre no fué por lo que tú sospechas.

MARÍA. Si yo deseo creerte, pero no puedo.

CÁRMEN. Créeme, créeme...

MARÍA. Estoy dudando de mi madre, y quieres que te crea. ¡Dime la verdad! (Con violencia.)

CÁRMEN. ¡Aparta! (Pausa.) (María caé sollozando en un silloncito y entónces Cármen se acerca á ella y dice:) En esa cama en que vás á dormir esta noche, agonizaba una mujer hace tres años. Besando la cubierta de sus piés, rezaba desesperado un hombre: en un divan yacía desmayada una niña. Con el oido en la boca balbuciente de la moribunda, otra mujer hacía por el alma de un hijo que tuvo, el juramento de destruir unos papeles, que eran el testimonio de un delito. (Pausa.) El hombre que rezaba dijo, levantando la cabeza: «No hables, bien mio, que puede hacerte daño.» La moribunda se estremeció y cayó muerta era tu madre. El hombre que rezaba, su marido: la niña desmayada, tú. Yo la mujer que juraba callar eternamente. (Pausa.) ¿Cómo quieres que falte á mi juramento? (Con voz solemne.)

MARÍA. ¿Tú podrias decirme si aún hay para mí felicidad sobre la tierra?

CÁRMEN. ¡Sí! (Dominada.)

MARÍA. ¿Podrias decirme si Roberto puede ser mio? (Con mayor excitacion.)

CÁRMEN. ¡Sí! (Con voz trémula.)

MARÍA. ¿Y me dirás la verdad? (Con angustia.)

CÁRMEN. ¡No! (Con resolucion.)

MARÍA. Pues la verdad es lo que yo necesito sobre todo.

CÁRMEN. Serás capaz... (Con terror.)

MARÍA. ¡Lo que yo necesito saber para mi amor, lo sabré pronto! (Con valentía y acercándose á la puerta de su cuarto.)

CÁRMEN. Será en vano que me preguntes. (Con angustia.)

MARÍA. Lo sabré sin preguntarte. (Con gran desden.) (Con energía.) ¡Él me lo dirá! (Se separan, y cada una va á su respectiva habitacion. La última frase con gran firmeza, y despues de una pequeña pausa, en que se supone ha adoptado esa resolucion.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.—Todo aparece expléndidamente iluminado como en un baile.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, DOÑA CÁRMEN.

CÁRMEN. ¿Hablaste á Roberto?

MARÍA. No he podido evitarlo. Tres dias huyendo, estar sola con él un instante, de nada sirvieron. Desde el principio de la noche me persigue sin trégua. Fingiendo compromisos, no siempre ciertos, solo he dado con él una rápida vuelta por los salones' pero ahora estoy comprometida sin remedio. Tengo que bailar con él un rato, y yo lo siento, lo adivino; estoy segura de lo que te digo. Si Roberto me habla como él habla, si me dice su amor como él lo siente, yo prescindo de todo, olvido mis sospechas, y...

CÁRMEN. Lo que supones... ¿no mata esa pasion funesta?

MARÍA. Para el amor no hay más crímen que el de traicion, y él no lo ha cometido conmigo. Además, él ha hablado; ha hablado mi padre, y todo el mundo sabe ya su cariño...

CÁRMEN. Así no puedes seguir mucho tiempo.

MARÍA. Si yo tuviese valor para hablarle, sabria de una vez si nuestro amor era posible ó imposible. (Pausa.) Ahora todo es distinto. Yo le he dado derecho á pensar que correspondo á su cariño, y de golpe, sin darle cuenta alguna, me alejo de él y

prefiero en apariencia á otro, para que los celos ó el despecho le separen de mí, que muero por él, y le obliguen á mirar como mujer voluble y caprichosa á la que solo tiene para su amor luz y calor y sitio en el alma! ¿Qué más puedo hacer para no profanar el recuerdo de mi madre?

CÁRMEN. Si al ménos comprendiera tu sacrificio... (Con pena.)

MARÍA. El sacrificio verdadero está en que no sepa que lo hago.

CÁRMEN. Siempre ha sido funesto ese hombre...

MARÍA. No le juzgues. Algo habrá en él digno de ser amado, cuando tantas mujeres han roto en girones su honra por amarle. (Con explosion.)

CÁRMEN. Olvídale.

MARÍA. (Con abatimiento.) Se cree en un Dios y se tiene un amor en la vida. El que olvida su primer Dios por otro, nunca creyó de veras, y el que cambia su antiguo amor por otro nuevo, es que no ha sentido de véras ni el nuevo ni el antíguo. (Transicion.)

CÁRMEN. Tiemblo por tí, tiemblo por el efecto qe han de hacerte las palabras de ese hombre.

MARÍA. No temas. Más consigue de una mujer el recuerdo de un amante, que el amante mismo. Lo que su memoria no ha conseguido de mí, no lo conseguirá Roberto.

CÁRMEN. Tu padre! (Vase.)

ESCENA II.

MARÍA, DON JUSTO.

JUSTO. Preguntan por tí: va á empezar un rigodon y te esperan.

MARÍA. Voy en seguida. (Con trabajo.)

JUSTO. ¿Te sient s molesta?

MARÍA. No.

JUSTO. ¿Tienes alguna pena?

MARÍA. ¿De qué? (Con naturalidad fingida.)

JUSTO. Observo hace poco tiempo raras mudanzas en tu carácter.

MARÍA. El exceso de cariño te hace ver cosas que no existen.

JUSTO. Van ya cuatro dias que no me hablas de Roberto, y es raro que tan pronto se haya agotado aquel raudal de cosas, con que á todas horas me ocupabas y me entretenías. (Transicion.) ¿Te ha engañado?

MARÍA. No. (Con viveza.)

JUSTO. Entonces... (Pausa.)

MARÍA. (Vacilante.) Siempre sola contigo, pensaba yo que Roberto era el modelode la perfeccion humana... No tenia con quien compararle... Ahora veo que es un hombre como los demás: veo que hay otros que valen más que él, y siento haberle dado esperanzas... (Con trabajo y lentitud.)

JUSTO. En camb o lo que estás diciendo no lo s entes! (Enérgico.) Hace tres dias, poco d spues de haberme hablado Roberto del amor que hácia tí sentia, huyes de él, mientras él te busca cada vez con más ardor y con más constancia. ¿Por qué? No lo sé; pero no es porque no le quieras. Esta noche llegó al salon, dando el brazo á una dama hermosa y elegante; tú estabas en el otro extremo rodeada de tus amigas, y te volviste á mirar quién entraba. Ver á Roberto con otra mujer y palidecer mortalmente, fué todo uno. Si ya nada te import, ¿por qué tanta impresion te hizo una cosa tan insignificante como aquella?..

MARÍA. Una casualidad...

JUSTO. Cuando me confesaste que amabas á Roberto, te advertí lealmente cuáles eran sus condiciones buenas y cuáles sus defectos. Entónces te dije: Piénsalo bien: Roberto no es un hombre á quien puede impunemente burlarse, porque su fama haría caer mayor descrédito que sobre él mismo, sobre la mujer que hubiese sido prometida suya. Ningun reparo pusiste, y ahora, de golpe y sin razon, te alejas del hombre á quien yo consiento que ames, cuando ya lo sabe todo el mundo ¿Cómo cortarás la sospecha, cuando crezca, si eres tú misma quien arroja en suelo regado la simiente? Tú eres rica, eres jóven, eres bella: has de tener hombres que te codicien, mujeres que te odien. De un poco de vapor se forma una nube que oscurece el dia: de una lágrima furtiva, de una mirada indis-

creta, nace una calumnia que oscurece una honra, y yo he visto esta noche en tus ojos lágrimas de dolor y miradas de fuego. Si álguien las vió,—que alguien las vería, porque lo malo siempre se vé en el mundo,—solo falta ya viento que hinche la nube, y ¡ay de Roberto, si yo noto que la calumnia empieza! (Enérgico.)

MARÍA. El no tiene culpa de nada! (Con espanto.)

JUSTO. Si él no la tiene, la tendrás tú... ¿Qué culpa es esa?... (Transicion.)

MARÍA. No me entendiste. (Con dignidad.) Quise decir, que él nada sabe de mis lágrimas, ni de mis tristezas! (Con dolor.)

JUSTO. Si él no lo sabe, ¿quién ha de saberlo? (Transicion.) ¿Qué ha pasado entre Roberto y tú?

MARÍA. Nada.

JUSTO. Mientes. (Con furor.)

MARÍA. Digo la verdad

JUSTO. Lo que tú no confieses, él lo confesará. A un hombre se le obliga mejor y más pronto que á una niña! (Enérgico.)

MARÍA. Será difícil que Roberto confiese lo que no sabe. (Con serenidad.

JUSTO. Si no lo sabe, que lo adivine; y si no adivina, que invente. (Con ira.)

MARÍA. Créeme: todo ha sido una ligereza mia, y ántes de ser infelíz, sin remedio, prefiero declarar que me he equivocado.

JUSTO. Viene Fernando. (Mirando á la puerta con rabia.)

MARÍA. (Gracias á Dios!)

ESCENA III.

DICHOS, FERNANDO.

FERNANDO. Huyendo el bullicio de la fiesta, vengo á ponerme á sus órdenes y á admirarla y acompañarla, libre de importunos y de envidiosos.

MARÍA. Un poco tarde llega usted, porque en este momento iba hácia el salon donde me esperan.

FERNANDO. Venía con la esperanza de obtener el baile que empezará dentro de un instante, si á usted no le molesta ó le disgusta.

JUSTO. Al contrario, se distraerá.

FERNANDO. De modo que...

MARÍA. Le tendré á usted presente para otro. El que ha de empezar ahora, le tengo hace rato comprometido con un amigo de usted... con Roberto. (Fingiendo naturalidad.)

FERNANDO. Esperaré, lamentando su buena fortuna, que llegue el turno mio.

JUSTO. Bien hace usted el pollo esta noche.

FERNANDO. Unico recurso contra los malos golpes de la suerte. (¡He perdido en la baja de estos dias más de veinte mil duros!) (A Don Justo.)

JUSTO. A mal tiempo buena cara. (Con jovialidad.)

FERNANDO. Esa es la mia. De seguro que no la conoce en mi mal humor ninguno de los hacendistas que pasean por esos salones.

JUSTO. Otro dia vendrá la ganancia.

FERNANDO. La espero muy pronto (Viendo á María que está distraida al otro lado de la escena.) ¿Sueña usted despierta, María?

MARÍA. Estaba distraida

FERNANDO. No es raro. Tantas promesas de amor habrá usted escuchado esta noche, que por fuerza ha de andar soñadora y pensativa.

MARÍA. Mal me conoce usted, si cree que vanas galanterías me preocupen hasta ese punto.

FERNANDO. Peor que yo la juzga tal vez álguien en quien pone usted su confianza y su.. cariño.

MARÍA. Habla usted de...

FERNANDO. (¡Se ha vendido!) (Transicion.) Si usted me honrase con mayor amistad de la que me tiene, sabria usted cosas que hoy no tengo derecho á decirle.

MARÍA. ¡Fernando! (Con disgusto.)

FERNANDO. Si eso fuese posible, comprenderia usted lo que va de querer

por amor á querer por vanidad ó por costumbre... como quiere... Roberto.

MARÍA ¡Qué dice usted! (Con violencia.)

FERNANDO. Que ahí viene Roberto buscándola á usted sin duda, y como le he visto ántes que nadie, se lo advertí para que no se sorprendiese. (Separándose de ella.) (¡Le ama bien! ¡Nada conseguiré por el despecho!)

ESCENA IV.

DICHOS, ROBERTO.

ROBERTO. (Venia buscándote. (Á María, con afecto.)

MARÍA. ¿Ha llegado ya el wals, comprometido con usted? (Temblando.)

ROBERTO. No sé qué baile es siquiera. Sé que le estoy esperando con ánsia, y sé que necesito hablarte para no hacer una locura.

FERNANDO. (¡Está agitado, y ella tiembla!) (Aparte.)

MARÍA. ¿Por qué ese empeño? ¿Qué tiene usted que decirme?

ROBERTO. ¿Eso preguntas? (Con sarcasmo.) ¡Tengo que averiguar si tienes alma ó no la tienes! (Con desesperacion.) ¿Te parece poco?)

JUSTO. (¡No puede ser: no puede ser!) (Como respondiendo á un pensamiento oculto.) ¿Decia usted? (Á Fernando.)

FERNANDO. Los últimos sucesos de Francia han de influir mucho en el mercado, y con ellos cuento para recobrar con ventaja las diferencias perdidas.)

MARÍA. (¡Nos están mirando!

ROBERTO. Pues no temas (Con burla.) Si yo no conozco en tu cara el remordimiento de haber faltado á la palabra que me diste, ¿qué han de adivinar ellos en esa palidez de estátua?.. (Con ira.)

MARÍA. ¡Roberto!

ROBERTO. ¡Si es imposible! ¡Esto es una niñería, un capricho tuyo! (Con angustia.) No puedes dejar de quererme, no puedes. ¿Te he ofendido en algo? Dímelo, verás qué pronto deshago la ofensa y te pido perdon por ella. ¿Es que apeteces que yo viva

de otro modo, que te dedique más tiempo, que esté siempre á tu lado? Pues nada me pidas; mándamelo todo. He sido tantos años soberano de mi albedrío, que ya tengo necesidad de ser esclavo algun tiempo).

FERNANDO. (Ella resiste y él exige... Si diesen ocasion á ciertas sospechas...)

MARÍA. (Vamos. (Levantándose.)

ROBERTO. Vamos, si quieres. (Dándola el brazo.) (¡No me burles así, María, que ni lo merezco ni lo sufro!) (María pasa á hablar con don Justo. Fernando y Roberto quedan aparte.)

FERNANDO. (¿Te has empeñado en perseguir á María? (Con voz contenida.)

ROBERTO. ¡Es mi derecho!

FERNANDO. ¿Tu derecho? (Con sarcasmo.) ¡María será mi mujer! (Con decision.)

ROBERTO. ¿Olvidas que estoy vivo? (Con amenaza.)

FERDANDO. ¿Qué me importa? ¡Tuya no puedo ser: yo la recojo!

ROBERTO. ¿Que no puede ser mia? ¿Por qué?

FERNANDO. Si te lo dijese, sabrias tanto como yo. Es un secreto. ¡María no puede ser tuya! ¡Ay de tí si me obligas á decírselo!

ROBERTO. ¡Sabes que juegas con tu vida!

FERNANDO. ¿Crees que me asustas? ¡Desiste!

ROBERTO. ¡Jamás!

FERNANDO. ¡Ten cuidado! ¡Será una lucha en que saldrás perdiendo!

ROBERTO. ¡Si no estuviéramos donde estamos!..,

FERNANDO. ¡Iré donde tú quieras!

ROBERTO. ¡Mañana! (Con furor.)

FERNANDO. ¡Bueno!) (Roberto pasa á donde estaba María, la da el brazo, y dice.)

ROBERTO. Te hice esperar. Perdóname.

FERNANDO. (¡Es el primer recurso! ¡Despertemos, por si acaso, la duda!) ¿Va usted con ellos? (A D. Justo, que va á salir detrás de Roberto y María.)

JUSTO. Si usted tiene algo que decirme...

MARÍA. Ya ves que nada tengo y que por nada sufro. (Desde la puerta.)

FERNANDO. (¡En último término, mi secreto! ¡Es infame! ¡Bah! (Con indiferencia.) ¡Sabiéndolo hacer, parecerá inocente!)

ESCENA V.

DON JUSTO, FERNANDO.

FERNANDO. ¡Mal se ha conducido usted conmigo, señor Don Justo! (Con pena fingida.) Yo amaba á María, y de este amor hablé á usted con leal franqueza. Usted me escuchó...

JUSTO. Y dije...

FERNANDO. Dijo usted que hablaria con ella, cuando estaba ya concertado su matrimonio con Roberto.

JUSTO. Permítame usted...

FERNANDO. ¿Vá usted á decirme que no?.. Esas cosas no pueden estar ocultas mucho tiempo. Pregunte usted á cualquiera de sus amigos. Todos están al cabo de la calle.

JUSTO. Pero...

FERNANDO. ¿Por qué disimularlo?

JUSTO. ¿Y si María no se casa con Roberto? (Con pausa.)

FERNANDO. ¡Deje usted esas bromas para otro! Si Roberto y María no hubiesen de casarse pronto no consentiria usted de ningun modo que las cosas viniesen al extremo en que han parado. (Con intencion.) ¿Qué motivo existiria hoy, que no existia ayer, para desligarse de un compromiso?..

JUSTO. ¡Si yo le digo á usted que no hay semejante compromiso! (Impaciente.)

FERNANDO. Entónces... (Fingiendo timidez.)

JUSTO. ¿Por qué se detiene usted? ¿Por qué no habla?

FERNANDO. La verdad ante todo. (Como quien toma una resolucion grave.) Yo podia consentir que Roberto anduviese siempre cerca de María, si tal era su deseo y tal la voluntad de usted; pero desde el momento en que usted me dice lo que acaba de decirme, yo estoy dispuesto á no consentir que tal cosa suceda y no sucederá! (Fingiendo gran exaltacion.) Yo sé que María es un ángel; pero todo el mundo no tiene obligacion de pensar bien, y ántes de que la murmuracion crezca... (Con intencion.)

JUSTO. ¡Antes que crezca!.. (Con espanto.) Luego ha empezado...

Quiero saberlo todo, Fernando, quiero saberlo todo. Dígame usted lo que hay, lo que se finge, lo que se murmura, hasta lo que se inventa.

FERNANDO. Es tal la historia de Roberto que dá derecho á sospecharlo todo.

JUSTO. En la historia de Roberto hay ligerezas y calaveradas...

FERNANDO. (Interrumpiendo.) ¡En la historia de Roberto hay infamias que pudieran llamarse crímenes! (Enérgico.)

JUSTO. ¿Qué dice usted? (Con terror.)

FERNANDO. Lo que hace tiempo quiere escapárseme del alma. Es un horrible drama que prueba de lo que es capaz Roberto. Oigalo usted, y podrá juzgarle como se merece. (Pausa.) No importa dónde, vivian juntos un padre y una hija: ella niña, él anciano. Llegó Roberto y enamoró á la hija, pretendiendo de ella lo que solo consigue de mujeres honradas la violencia. Un dia y otro dia solicitó en vano y jamás lucharon cuerpo á cuerpo la virtud y la seduccion con tanto empeño, como en el alma de aquella mujer desventurada. Al fin traiciones de criados, promesas de él é ilusiones de ella se juntaron tan á maravilla, que vino á ser fábula del pueblo, quien hasta entónces pasara por ejemplar modelo. (Fingiendo indignacion.) Y llegó el amor hasta el abandono, y el abandono hasta el escándalo, y el escándalo á oidos del padre. Pidió aquel hombre una reparacion á Roberto: la negó éste: fueron al terreno, y el viejo, más débil y más cansado que el jóven, cayó tendido de una estocada, dejando sola en el mundo á aquella hija, cuyas lágrimas y cuya desesperacion fueron la risa y el escarnio del que se atreve hoy á aspirar á la mano de María.

JUSTO. Las pruebas de esa historia...

FERNANDO. ¡No sé el nombre de la víctima, pero puedo saberlo muy pronto, si quiere usted echarle su vileza al rostro!

JUSTO. ¡De modo que ese hombre á quien yo creía solamente un loco, es además un miserable! (Con ira.)

FERNANDO. (¡No envidio á Roberto! ¡Puesto don Justo en el camino de la violencia, él lo correrá todo!)

JUSTO. Confío en usted para advertirme...

FERNANDO. Roberto pasa por amigo mio, y aunque rival ahora, solo con armas de buena ley quiero hacerle la guerra.

JUSTO. ¿Se niega usted?

FERNANDO. Negarme precisamente, no; pero mi posicion es delicada. Podria cualquiera pensar...

JUSTO. Yo solo me arreglaré entónces .. (Con despecho.)

FERNANDO. Si usted lo toma de ese modo... (Como quien se arrepiente.) Estoy á sus órdenes. Solo por cariño á María, me presto á lo que usted desea.

JUSTO. Gracias.

FERNANDO. Si algo desagradable pongo en su conocimiento, tenga siempre presente que ha sido por su mandato. (Váse.)

ESCENA VI.

DON JUSTO.

Extraña solicitud la de Fernando! Quiere vengarse de los desdenes de María, y no se atreve cara á cara con Roberto! Pero en lo que ha dicho tiene razon. Piensa lo mismo que yo he pensado, que María se está comprometiendo por instantes. (Transicion.) Es necesario que yo ponga en claro este misterio. Que él la quiere, es indudable. Es ella, pues, la desdeñosa ó la ofendida. (Transicion.) Pero ella le amaba, y el amor solo acaba por mal pagado ó por satisfecho. (Pausa.) Peor que la certidumbre del mal, es la duda del mal mismo; porque la certidumbre abre las puertas á la venganza, y la duda se retuerce en la impotencia de hacer nada. (Transicion.) Yo hablaré á Roberto! (Con decision. Váse por el foro derecha.)

ESCENA VII.

MARÍA que entra muy agitada, por la otra puerta del foro.

¿Viene persiguiéndome?.. (Con angustia y espanto.) No! Estoy sola. ¿Qué va á ser de mí? (Con angustia.) Ese hombre me do-

mina, me vuelve loca! (Transicion.) El salon estaba silencioso; hombres y mujeres prevenidos, esperaban la música. De repente, un diluvio de armoniosas notas llena los aires: el espacio entero suena con el crugido de mil frases dispersas y de mil caricias ahogadas en el rumor de las conversaciones. Roberto me sujeta, no como quien cumple una vana fórmula, sino como quien quiere ahogar á la persona que abraza, y giramos, él hablándome, yo escuchando: él pidiendo, cediendo yo. De pronto nos hallamos en la estufa, no sé cómo. Pocas personas, poca luz, muchos aromas que turban la cabeza: pocos ruidos que distraigan de las enamoradas frases: suspiros que parecen ruidos de hojas: miradas que parecen rayos de sol, rompiendo nubes de fingimiento: un guante desgarrado en un momento de estravío: una mano ardiente que oprime una mano helada: palabras que abrasan como áscuas y convencen como revelaciones divinas: un alma que pide, y otra que se defiende en vano: tinieblas en la conciencia, y resplandores de un nuevo dia en el corazon: él que dice: «Vida de mi vida!» yo, que sin querer, murmuro: Te adoro! y... Dios que llega para salvarme, más á tiempo que llegó para salvar á mi madre! (Pausa.) Es en vano que la razon diga y aconseje. Yo podia dar gusto á mi padre, hacer feliz á Roberto, quizás serlo yo misma; pero sobre todos los raciocinios de mi entendimiento, hay una afirmacion suprema que los desvanece y los dispersa. El amante de la madre, no puede ser el marido de la hija. En esto se halla lo horrible del caso: en que le aparta el deber de mi lado, pero no consigue apartarle de mi corazon .. ¿Qué culpa tengo yo en estar ciega por él, si no fué por voluntad mia el estarlo? ¿Qué culpa tiene él de que yo sospeche un secreto que él creerá perdido para siempre? Y sin embargo, no puedo ser suya. Las mismas palabras que hoy me dice, le habia dicho á ella. (Transicion.) ¿Y si no fué su amante?.. ¿Si su falta fué otra, y no la que yo temo? Cármen nada me ha dicho: insiste en negar lo que sabe... (Con agitacion.) Necesito la verdad á toda costa, para que de una vez se

aparte de mí ó venga para siempre á mi lado. (Pausa.) Me faltan fuerzas para preguntarle cara á cara una infamia tan grande! Le escribiré. (Corre al secretaire y escribe.) «Roberto: Te adoro, pero me aparta de tu amor una sospecha horrible. Hace años, muchos años,—yo no habia nacido,—no puedo tener celos de ella:—conociste en Tolosa una mujer que se llamaba... María Quirós. (Baja la voz.) Fué tu amante y la dejaste luego: me lo han dicho. Dime si es cierto. Me falta valor para escribirte por qué te hago esa pregunta; pero te le diré muy pronto... te lo juro...» (Queda encargado al talento de la actriz el difícil desempeño de este recitado. En el mismo momento en que María acaba la carta, llega Roberto, y al levantarse ella, que no le ha visto, le ataja el camino del secretaire. María queda en la escena con el papel en la mano, y va á dirigirse á la puerta, pero retrocede al secretaire.) Que dude de mi cariño cuanto quiera. Si contesta que sí, ¿cómo decirle que yo conozco las faltas de mi madre? (En este momento de ir á romper la carta que escribió, ve á Roberto, que se adelanta á ella, y despues de un momento de vacilacion, la esconde en el pecho y dá un grito.) Ah!!!

ESCENA VIII.

DICHA, ROBERTO.

ROBERTO. Al fin nos encontramos! (Con energía.)

MARÍA. Váyase usted! (Temblando.)

ROBERTO. No me conoces. Tú aquí, desdeñosa é ingrata para mí, y allí fuera todos los apetitos, todos los placeres, las codicias todas de la tierra satisfechas! Pues no vacilo: aquí me quedo! Acepto la desesperacion aquí, y la noche perdurable en la otra vida, si fuese preciso, por conservar el derecho de seguir amándote y de decírtelo, como ahora te lo digo! (Con brío.)

MARÍA. Abusa usted del extravío de un instante. Yo no amo á usted; yo no le he dado derecho para que me hable de ese modo... (Se detiene sin fuerzas.)

ROBERTO. Pero ¿qué mujer eres tú entónces? ¿Cómo piensas, cómo vives? ¿Qué virtud ó qué maldad es la tuya? (Con violencia.) Hace cuatro dias me amabas... recuérdalo bien. Ya que no tienes corazon, ten al ménos memoria, que nada te cuesta.— Tu padre lo sabía y lo consentía; tú eras felíz, y nada hubiese estorbado nuestra dicha. ¿Por qué has huido de mí de repente?... ¿Es que te equivocaste?... ¿Es que resultó de algun exámen de conciencia, que ya no me querías? (Con sarcasmo.) ¿Dices que sí? Pues no hace muchos minutos te arrastraba yo lejos de la gente, para pedirte explicaciones de tu conducta! (María se extremece.) ¿Tiemblas al recordarlo? Sea enhorabuena: ya podemos empezar á entendernos. (Pausa.) Lo que te he dicho, tú lo sabes: lo que has respondido, yo lo sé: despues de tu respuesta debes tener aún en tu alma el calor de la mía, ¿y te atreves á decir que no me has dado derecho para perseguirte, para hablarte de amor?

MARÍA. Así no se habla á nadie, Roberto, á nadie honrado! (Con desesperacion.)

ROBERTO. Por honrada te pido el cumplimiento de la palabra que me diste, y no lo consigo!

MARÍA. Pues si yo pudiese cumplirla, ¿necesitaría que tú la recordases? (Con explosion.) Por compasion, déjame sola!

ROBERTO. (Con sorcarmo.) Veo que hace progresos tu memoria. Al fin recuerdas que ántes nos hablábamos como me has hablado ahora.

MARÍA. ¿Hay algo en la tierra ó en el cielo que te inspire respeto?

ROBERTO. ¡Tú, porque te amo, y Dios, que te formó para que te amase!

MARÍA. ¡Pues por mí, por Dios, por el amor que me tienes, vete! (Con angustia.)

ROBERTO. ¿Irme?... ¿Dejarte?... ¿Sabes lo que son celos? Figúrate que el mundo en vez de ser como es, cambiase de pronto: que el cielo azul se convirtiese en negra superficie de tinieblas; que las estrellas, en vez de diamantes, fuesen ruines pavesas colgadas en el espacio; que los árboles]verdes y con flores, fuesen escuálidos y descarnados esqueletos en que colgasen por ma-

nojos amarillentas víboras; que los rios, en vez de agua trasparente arrastrasen caudales de corrompida sangre; que la tierra fértil fuese árida; sería horrible, ¿no es cierto? Pues mil veces más horrible, mil veces, es el cambio que su fre un alma al pasar de enamorada á celosa! (Transicion.) Hay algo peor que amar sin esperanza: es verse de golpe sin amor, quien ha visto su amor correspondido! (Con energía.)

MARÍA. ¡Ni tú ni yo podemos seguir así más tiempo! (Con dignidad.) Aun odiándote seria horrible. .

ROBERTO. ¿Aún odiándome? (Con ternura.) ¿Luego me amas? ¿Conoces que tengo razon?... No podia ser de otra manera. Tú eres un ángel. Díme que te has burlado de mi cariño por capricho; que has querido ponerme á prueba: ver si tu Roberto te queria tanto como él aseguraba: díme cualquier cosa. Lo que tú digas, he de creerlo. El evangelio del amor, es la palabra de la mujer amada.

MARÍA. ¡Júzgame como te parezca: piensa á tu antojo de mí lo más infame: rompe el ídolo que habías forjado! Solo he de decirte... que no puedo decirte nada.

ROBERTO. ¡Te equivocas, María! Yo no soy de los hombres que sufren sin saber por qué sufren, y sirven de juguete á las niñerías y á las liviandades de las mujeres que aman. La única, la única, —entiéndelo bien,— á quien yo he respetado, eres tú. No te ofenderé: no me atreveré; aunque quisiera hacerlo, te amo tanto, que no podria: pero en cambio exijo—¿lo oyes bien?—exijo saber los móviles que te guían, y lo sabré. ¿Amas á otro?

MARÍA. Yo no amo á nadie, á nadie. Si fuese libre, si pudiera amar, te amaría á tí sólo.

ROBERTO. ¿No amas á otro, dices? (Con sorpresa.)

MARÍA. ¡No! (Con resolucion.)

ROBERTO ¿Y Fernando? (Con ánsia.)

MARÍA. ¡Es un necio y un importuno!

ROBERTO. ¿Entónces me amas?

MARÍA. ¡No puedo amarte! (Desfallecida.)

ROBERTO. ¡Basta de inútiles disculpas! ¡Cuando yo entraba por aquella puerta, tú escribías y llorabas! ¡El instinto me dice á gritos que en ese papel está el secreto de tu conducta, y así debe ser, puesto que al verme lo escondiste! ¿Para quién era?

MARÍA. Para tí.

ROBERTO. Dámelo, y creeré lo que dices.

MARÍA. He camb ado de opinion No quiero dártelo.

ROBERTO. ¡Lo veré de todos modos!

MARÍA. ¿Estás loco?

ROBERTO. ¡No te vayas! (Sujetándola de una muñeca para que no se vaya.)

MARÍA. ¿Sabes que le guardo?

ROBERTO. ¡Me atreveré á todo! (Con energia.)

MARÍA. ¡Pediré socorro!

ROBERTO. ¡Grita! ¡Aquí nos encontrarán, á tí pálida y descompuesta: á mí exaltado y ciego de ira! ¡Grita! ¡Verás cuánto damos que hablar á tus convidados!

MARÍA. Piedad!

ROBERTO. Por piedad pido yo ese papel!

MARÍA. Toma! (Desfallecida. Roberto lee en silencio con cierta indiferencia.) ¿Era verdad? (Con espanto)

ROBERTO. Sí, fué verdad! (Con extrañeza.)

MARÍA. Esa mujer fué seducida por tí! (Con ansiedad.)

ROBERTO. Seducida! (Con sarcasmo y conteniéndose.) Seducida, no! (Transicion.) ¿Pero qué te importan los pecados de esa mujer, para pedirme cuenta de ellos? ¿Qué tienes tú que ver con esa clase de mujeres? (Con desesperacion.)

MARÍA. Era mi madre! (Con entereza.)

ROBERTO. Tu madre!.. Imposible! (Con espanto.) Tu madre no se llamaba así... Yo no he conocido á tu madre! Estás engañándome de nuevo!

MARÍA. No la conociste como madre mia, pero la conociste. (Sollozando.) Vivía con nombre supuesto en Tolosa... ¿Comprendes ya por qué no puedo corresponder á tu cariño? ¿por qué no puedo amarte? ¿Por qué no puedo ser tu esposa?

ROBERTO. (Pausa.) María!.. Angel mio!.. Unico rayo de luz divina en este

agitado luchar de mi existencia, tan pura como los deseos de la madre de Dios, que está en el cielo, compadécete de mí! (Transicion) Tienes razon: huiré lejos, muy lejos. Pero como he de pensar en tí siempre, antes de dejarte, dime que tú tambien me adoras, que tu alma es mia, y ya que no pueda tener realidades, tendré al ménos recuerdos que me consuelen! (Con mucha ternura.)

MARÍA. El tormento estará mal repartido entre los dos. Yo sé que seré fiel á mi amor y á mi desgracia. Pero ¿y tú?

ROBERTO. Sabiendo que me amas... (Ofendido.) Eso no lo has pensado de véras.

MARÍA. Roberto! } (Con pasion.)

ROBERTO. María! }

MARÍA. Adios!

ROBERTO. Adios, bien mio! (Estrechándola con violencia. Se abrazan. Don Justo espera en la puerta.)

ESCENA IX.

DICHOS, DON JUSTO.

JUSTO. (Se abrazan!)

ROBERTO. (Rompe esa carta funesta; podría verla tu padre!)

JUSTO. (Hablan de una carta! ¿Qué carta es esa?)

MARÍA. (Calla!) Padre! (Viendo á D. Justo que avanza colérico.)

JUSTO. No es hora de súplicas, sino de reparaciones! ¿Serás mujer de Roberto?

ROBERTO. Imposible!

MARÍA. No! (A un tiempo los dos.)

JUSTO. ¿Decís que no? ¿que no?.. (Con asombro.—Transicion.) Entónces, tu vida: tu vida cuanto antes! (A Roberto.)

ROBERTO. Sin pena te la doy! Si me la arrancas, me quitas lo que más me estorba!

JUSTO. ¿Amas á María?

ROBERTO. Con toda mi alma! (Con nobleza.)

JUSTO. ¿Y te unirás á ella?

ROBERTO. No puedo! (Con desesperacion.)

JUSTO. Necesito una reparacion por la honra de mi hija!.. (Furioso.)

MARÍA. ¡Por mi honra, no, que soy yo quien la guarda, y soy honrada!

JUSTO. Tú eres honrada: él te adora, y sin embargo, no podeis casaros. ¿Qué misterio es este que se escapa á todos los cálculos de la razon y del sentimiento? (Transicion.) ¡Cuando yo entré hablábais de una carta! ¡Quiero verla!

MARÍA. ¡Ah! (Con terror, y ocultando el papel.)

JUSTO. ¡Es esa! (Con ironía.) ¡Trae! (Extendiendo la mano.)

ROBERTO. ¡Es indigno lo que haces con tu hija! (Sujetándole el brazo.)

JUSTO. ¿Quién eres tú para meterte á juez entre nosotros?

MARÍA. (¡Que no lea esta carta!) (Dándosela á Roberto.)

ROBERTO. (¡No la leerá!) (Se la guarda.)

JUSTO. ¿Qué has hecho? (Rabioso.)

ROBERTO. ¡Ya lo ves! (Enérgico.)

JUSTO. ¡Ese papel es de mi hija! (Con sarcasmo.) ¡Me pertenece!

ROBERTO. ¡Es mio! (Guardándole.)

JUSTO. ¡Cuando tanto empeño tienes en que no lea, hablará de faltas, de pecados!...

MARÍA. ¡Por compasion, padre, por compasion!...

JUSTO. ¡Hizo bien en morirse tu madre! Yo la conocí pobre, huérfana y honrada, y tú:..

ROBERTO. ¡Basta! (Agarrándole y con tono rugiente.) ¡A dejarme matar por tí, estaba decidido! Para ver morir á tu hija, quizás hubiese tenido resignacion y fuerzas, aunque lo dudo! Para oirla ofender groseramente, no tengo ni voluntad, ni resignacion, ni fuerzas!

JUSTO. ¡Soy su padre! (Con fiereza.)

ROBERTO. ¡Por eso vives!

JUSTO. ¿Me amenazas? (Con violencia.)

ROBERTO. ¡No! (Conteniéndose.) ¡Perdóname lo que te he dicho; pero tus ofensas á María me han vuelto loco! ¡Has sido injusto con ella, muy injusto! Cree en la palabra de un hombre honrado:

créeme, por favor, si no crees que lo merezco en justicia. María es inocente.

JUSTO. ¡Dame esa carta!

ROBERTO. ¿Para qué?

JUSTO. ¡Para creer, se necesitan pruebas! (Con sarcasmo.)

ROBERTO. ¿Crees en el mal sin tener ninguna, y para creer en el bien las necesitas? (Con dolor.) Se trata de tu hija, Justo, de tu hija, que es sangre y vida tuya, y le pides pruebas de su virtud á un extraño!... Para ser padre de este modo, vale más no ser padre!

JUSTO. Pruebas, y no discursos, necesito!

ROBERTO. Coje á María: mírala frente á frente y lee en sus ojos: detrás está el alma. No necesitas más!

JUSTO. Acabemos! Esa carta!

ROBERTO. No puedo dártela! (Con dignidad.)

JUSTO. Tu vida entónces!...

ROBERTO. Contra tí no he de defenderla!

JUSTO. La tuya y la de ella! (Con brio.)

MARÍA. Gracias!

ROBERTO. La de ella, no! (Con explosion.) Para salvarla, estoy dispuesto á todo!

JUSTO. Basta de farsas impertinentes! Quiero la verdad: la verdad está en ese papel, y he de arrancártelo con el alma, si la pones entera, para ocultarle de mis manos! (Avanzando á él.)

MARÍA. Por Dios! Puede venir gente!

JUSTO. Que vengan!

ROBERTO. Justo!

JUSTO. Miserable!

ROBERTO. Ten la lengua, que ya sabes que no peco de sufrido!

JUSTO. Al fin voy encontrándote como te estoy buscando hace rato!

MARÍA. (Por mi amor, vete!) (A Roberto. Don Justo lo oye.)

JUSTO. ¿Hablais de un modo ante la gente, y de otro distinto cuando pensais que nadie os oye? Que me place!

MARÍA. (Vete) (A Roberto. Despues abraza á su padre para dar tiempo á que Roberto salga.

ROBERTO. Y tú? (A María.)

MARÍA. No te importa! Vete! (Con energía.)

JUSTO. Si yo le dejo! (Soltándose.)

ROBERTO. Te obedezco! Adios! (Se dirige al foro.)

JUSTO. Estoy yo aquí para cerrarte el paso!

MARÍA. Por esa puerta! (Señalándole la que deja libre su padre. Don Justo queda colocado de modo que impida pasar al cuarto de María.)

ESCENA FINAL.

DICHOS. FERNANDO, DOÑA CÁRMEN.

ROBERTO. (Fernando!) (Con rabia, viéndole aparecer.)

CÁRMEN. ¿Qué ocurre? Justo! María!

JUSTO. Que este miserable se niega á darme su vida en pago de su infamia!

MARÍA. (Mi madre cometió la falta, y yo sufro la pena!) (¿Es esto justo?) (A Cármen.)

CÁRMEN. (Calla!) (Con terror.)

MARÍA. (¿Más aún?) (Con desesperacion.)

JUSTO. Por fuerza ó de grado ha de casarse con María! (Á Fernando).

FERNANDO. Eso nunca! Ese hombre es mil veces más villano de lo que usted piensa!

ROBERTO. Ah! (Con ira.)

JUSTO. Aparta! (Poniéndose entre Fernando y Roberto.)

MARÍA. (¿Qué va á decir?) (Con terror.)

FERNANDO. Hace poco conté á usted la historia de una infamia. Ya sé el lugar de su proeza y el nombre de la víctima. ¡Sin duda le ha parecido poco y viene á continuar su obra!

JUSTO. ¿A continuar? (Espantado.)

FERNANDO. ¡Sí! ¡Su víctima en Tolosa se llamaba Marta Quirós! (Con arrojo. La actitud de cada uno de los actores, debe responder al terrible efecto que producen las palabras de Fernando.

JUSTO. ¡Marta!! ¡Jesús!!.. (Con estupor.) (Cae desplomado en un sillon, y

María se lanza á él, olvidándose de que sujeta á Roberto. Este arrastra á Fernando al centro de la escena, y allí le sacude con violencia, lleno de ira.)

MARÍA. ¡Padre!!..

ROBERTO. ¡Rufian!!.. (Escupiéndole la frase al rostro.)

FERNANDO. ¡A muerte!!.. (Incorporándose loco de cólera.)

ROBERTO. ¡Sí, á muerte!!.. (Dejando escapar en esa frase toda su ira —Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III.

Despacho elegante, pero no severo. Estantes pequeños y lujosos. Armaduras, panoplias, figuras de bronce y porcelana sobre los muebles. Tapices y cuadros en las paredes. Chimenea lateral. Puerta al foro. Balcon á la izquierda. Puerta á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO, CRIADO.

ROBERTO. Es necesario, absolutamente necesario que salgamos en el expreso de esta tarde.

CRIADO. Apenas hay tiempo...

ROBERTO. Para arreglar dos hombres un viaje, todavia sobra. (Transicion.) Llamaré cuando te necesite.

CRIADO. Si viniese alguien...

ROBERTO. Que pase el que venga... pero sin avisar, que no entre nadie.

CRIADO. Se hará como el señor manda. (Váse.)

ESCENA II.

ROBERTO.

Lóbrego sarcasmo de la vida! Tantas veces como quise pecar encontré el camino abierto; y una sola que intenté ser honrado, vino el azar y me cerró todas las sendas de la honradez! Soy malo, es verdad. He pecado, es cierto; pero mis pecados consistieron solo en poseer lo que deseaba; de tal suerte, que

como todos desean, sin dejar por eso de ser honrados, he venido yo á ser pecador, no por mis intenciones, que todos tienen, sino por mi buena fortuna en realizarlas. (Transicion.) Todo pasa, todo cambia, todo muda de direccion, ménos la vida humana! Es uno no lo que quiere ser,—esto seria justo,—sino lo que hace el pasado que sea. Nombre, raza, apellido, religion, costumbres, todo se lo encuentra aplicado cada hombre cuando llega á darse noticia de su existencia; y sin embargo, á él solo se le piden cuentas por entero de lo que no ha pretendido, ni querido, ni buscado! Ah! Si Maria pudiese, en sus castas ilusiones, comprender lo que es esa sociedad anónima en que todos son accionistas y parten sus gajes explotando á los que llegan á la vida sin esperiencia y con oro! Fernando me deshonró anoche, haciendo creer lo que es mentira! (Con explosion.) Ni aquel hombre á quien maté en Tolosa era viejo, ni aquella mujer fué jamás una mujer honrada! (Con violencia.) He perdido para siempre á Maria! Ella cree,—es su deber—que su madre fué una santa, y que solo artes infernales y horribles violencias mias pudieron arrastrarla fuera de la virtud!... Y yo, el terror de las mujeres honradas; yo, que solo he recogido desperdicios de honradez quebradiza y girones de virtudes engañosas, me voy para siempre, muriéndome de dolor, y pierdo la única ventura de mi vida por no decir á esa pobre niña: Tu madre era... como otras muchas. (Con sarcasmo.) Y me sacrifico por no arrancarle la más dulce, la más hermosa, la más consoladora de sus esperanzas para la otra vida, y la más firme de sus creencias en esta! (Con infinita ternura lo que sigue, y abriendo una cajita tallada que hay sobre la mesa.) Restos de dichas pasadas: cenizas de abrasadores placeres: rotos trofeos de victorias conseguidas, no pudisteis dar nunca un dia de amor y de serenidad á mi alma, y sois bastante para arrancarme la felicidad que ambicionaba! (Cae sobre la mesa, con la cabeza cojida entre las manos.

ESCENA III.

ROBERTO, CRIADO.

CRIADO. Una señora pregunta por usted.

ROBERTO. ¿La conoces?

CRIADO. Nunca vino hasta ahora.

ROBERTO. (¿Será?...) (¡Qué locura!...) (Con desesperacion.) Dí que pase en seguida. (Vase el criado.).

ESCENA IV.

ROBERTO, MARÍA, (Desde fuera.)

MARÍA. ¿Por aquí? (Entrando.)

ROBERTO. (¡Es ella!) ¡María! (Con delicia.)

MARÍA. ¡Roberto! (Conteniéndose.) No perdamos tiempo. Necesito volver cuanto ántes á mi casa; que no noten mi ausencia. Es ya tarde.

ROBERTO. ¡Tarde! (Sorprendido.) Es verdad. Tan negra ha sido para mí esta noche, que sólo al verte comprendí que ya ha amanecido.

MARÍA. ¡Es la última vez que nos vemos! (Con emocion.)

ROBERTO. ¿Para qué viniste? ¿Para qué has hecho esta locura que bendigo?

MARÍA. No pensé en nada: no me importó nada: tomé un coche: la distancia que hay de aquí á Madrid desapareció á mis ojos: el compromiso horrible en que me pongo, no quise verle. Tu vida ántes que todo. Vengo á decirte que te vayas; que yo no quiero que mi padre te mate; ni que tú luches contra mi padre. (Transicion.) ¡Aquel miserable nos ha perdido! Anoche estuvo mi padre á punto de morir de vergüenza: luégo se repuso, y ha jurado vengarse! Vendrá... lo sé, lo ha dicho... lo cumplirá.

ROBERTO. Debo esperarle.

MARÍA. ¡Yo no quiero!

ROBERTO. Pienso confirmar lo que anoche dijo Fernando: decirle que tú lo sabias, y salvarte al ménos.

MARÍA. Es muy cara la salvacion á ese precio. Mi padre ha partido su amor en dos personas: si una de ellas ha de ser á sus ojos culpable, que sea la que está viva: á lo ménos puede defenderse. (Con nobleza.) Niega lo dicho por Fernando. Si es preciso, yo le suplicaré que desmienta sus palabras de anoche.

ROBERTO. ¡Fernando ha muerto! (Con voz sombría.)

MARÍA. ¡Qué dices! (Con terror.)

ROBERTO. ¡A mis manos! (Con energía.)

MARÍA. ¿Cuándo?

ROBERTO. Hace un rato. (Pausa.) Salimos juntos de tu casa con dos amigos: no sé quiénes, dos convidados: uno de ellos nos prestó dos espadas: llegamos al campo á oscuras: esperamos un rato: creimos que habia ya luz bastante para matarnos, y sin saber si era el primer rayo del dia, ó el fuego de nuestra ira lo que nos alumbraba, fuimos el uno sobre el otro: cedió la carne al hierro: sonó un quejido: sentí sangre en la mano, y ví caer á mis piés un monton de tierra. (Transicion.) Si le hubiese muerto ayer, te habria salvado: ¡hoy no he podido hacer más que vengarte!

MARÍA. ¡Qué espanto!

ROBERTO. Cayó redondo como merecía su crímen. ¡No puedes figurarte el salvaje placer que he sentido al verle caer muerto con la garganta atravesada de parte á parte!

MARÍA. ¡Calla! ¡Calla! ¡Vas á hacer que te odie!

ROBERTO. Era justo. ¡De la garganta habia salido la voz diciendo infamias, y en la garganta misma quise hacerla callar para siempre!

MARÍA. ¿Quieres que te juzgue como los demás, fiero y malvado? (Con pena profunda.)

ROBERTO. ¡El recuerdo de ese hombre me enloquece! (Reponiéndose.) No me hagas caso: perdóname. (Transicion.) Ya le he olvidado. Háblame de tí, de algo honrado que me purifique la memoria.

MARÍA. De mí, ¿qué puedo hablarte? Nuestro amor es ya imposible.

ROBERTO. ¡Ah! sí. ¡De un pantano mortal, sale una tierra fértil: de una semilla sin valor, una flor preciosa: de un gusano asqueroso, una mariposa con los colores del íris, y de una vida humana, que es imágen de la vida de Dios, que lo vé todo y lo sueña todo, no brota la felicidad nunca, nunca, nunca, como del gusano la mariposa, la flor de la simiente, y la tierra fecunda de la tierra estéril! (Con ira.)

MARÍA. Antes que la felicidad es el deber. Sin faltar yo al mio, no puedo amarte. Cumple tamb en el tuyo, alejándote de mí para siempre.

ROBERTO. He de esperar á tu padre.

MARÍA. No: vete antes de que él llegue.

ROBERTO. ¡Eso, jamás! (Con dignidad.) Tú misma me despreciarías si tal hiciese. ¡Puedo ofender á un hombre, pero sin huir de su venganza!

MARÍA. ¡Es que mi padre viene decidido á batirse, y esto es lo que yo quiero evitar á todo trance!

ROBERTO. Yo te prometo sufrir de él, cuanto puede sufrir un hombre sin envilecerse. Si él quiere batirse, rehusare el desafío.

MARÍA. ¿Y si insiste?

ROBERTO. Rehusaré tambien. ¡Si yo no quiero verme frente á frente con tu padre: si yo sé que debe ser sagrado para mí!

MARÍA. ¿Y si te ofende? (Con susto.)

ROBERTO. Si me ofende .. me batiré. (Vacilando.)

MARÍA. ¿Y harás con él lo mismo que has hecho con Fernando? (Con espanto.)

ROBERTO. No merezco la ofensa que me has hecho! (Con dignidad.)

MARÍA. Si luchas con él...

ROBERTO. Me dejaré matar: te lo juro!

MARÍA. Tú! Jamás! (Echándose á él.) Cuando eso dices, es que no sabes hasta dónde llega el amor que por tí siento. Yo puedo vivir léjos de tí, sabiendo que tú vives: puedo quererte sin esperanza, sabiendo que me quieres; pero no sé vivir, ni amar, ni ser buena, si tú me faltas en el mundo! Lejos ó cerca, no me

importa: donde tú estés, está mi sér entero! (Transicion.) ¿Has creido que yo podia admitir ese horrible pacto que me propones? Qué mal conoces á tu María! Amo á mi padre con delirio; pero á tí te amo más, mucho más, y yo no quiero de ningun modo que tú mueras!

ROBERTO. Es inevitable.

MARÍA. Prueba tu valor: prueba tu amor por mí no batiéndote con mi padre, haga lo que haga, suceda lo que suceda!

ROBERTO. No puedo hacer ese juramento: no le cumpliría...

MARÍA. Pues bien: no esperes ya de mí ni amor ni agradecimiento. Lucha con mi padre, si me amas tan poco, que no te causa horror matarle: déjate matar si me crees tan infame que he de consentirlo; pero te juro que si ese desafío se lleva á cabo, yo seguiré á la tumba al que en él muera!

ROBERTO. María, es imposible! Hay ofensas que un hombre de honor no consiente nunca!

MARÍA. Para vencer esas ofensas, sirve el amor verdadero. Tú no me amas! Adios!

ROBERTO. No puede ser! Es mentira! (María se dirige ofendida hácia la puerta del foro.) (Estrechándola.) Aunque yo fuese mil veces más criminal de lo que soy, aunque yo fuese un mónstro, tú no te apartas así de mi lado!

MARÍA. Roberto!

ROBERTO. Sí, tu Roberto, tu amor, tu vida! Ya no te dejo!

MARÍA. Estás loco!

ROBERTO. Si estoy contigo, ¿qué te asombra?

MARÍA. Adios!

ROBERTO. No!

MARÍA. Un hombre de honor no sujeta á una mujer que le ama! (Desasiéndose de él con dignidad.)

ROBERTO. ¿Quién es? (Yendo hácia la puerta del foro donde han sonado dos golpes.)

ESCENA V.

DICHOS, EL CRIADO.

CRIADO. Señor!

ROBERTO. ¿Por qué has entrado sin que nadie te llame?

CRIADO. (Don Justo espera que usted le reciba. (A Roberto.)

ROBERTO Sabe?...

CRIADO. Cree que el señor está solo, y tal vez que no se ha levantado.)

ROBERTO. (Es necesario que te ocultes un instante! (A María.)

MARÍA. Jamás!

ROBERTO. Viene gente!

MARÍA. Qué me importa? (Roberto despues de vacilar un instante y con terror, dice:)

ROBERTO. Es tu padre! Escóndete! Escóndete!

MARÍA. Si no me juras no batirte con él, aquí me quedo!

ROBERTO. Si no he de poder cumplirlo, ¿para qué te sirve mi juramento? (Con desesperacion.)

MARÍA. ¿Tú eres capaz de faltar á un juramento que yo te pida? Bien has castigado mi amor! (Sollozando.)

ROBERTO. Frente á tí, no tengo voluntad, ni valor, ni nada! Juraré lo que tú quieras, con tal de que no sufras por mi culpa!

MARÍA. Júrame no batirte con mi padre!

ROBERTO. Por mi amor ocúltate!

MARÍA. Júralo! (Con energía.)

ROBERTO. Lo juro! (Sin fuerzas.)

MARÍA. Gracias! gracias!) (Roberto la lleva á la puerta del foro, y la oculta. Luego baja á la puerta de la izquierda, donde continúa el criado.)

ROBERTO. Si me sucede una desgracia, tú (Al Criado) salvarás á esa señora que está ahí dentro, sin que nadie la vea. (Transicion.) —Dí á D. Justo que estoy dispuesto á recibirle.

CRIADO. (Anunciando y retirándose al pasar D. Justo.)

ROBERTO. Y ahora sea lo que Dios quiera!

ESCENA VI.

ROBERTO. DON JUSTO.

JUSTO. Estabas sólo! (Con inquietud.)

ROBERTO. Ya lo vés!

JUSTO. No pude venir ántes, y el cielo sabe que no fué por falta de deseo! (Desde la puerta del foro.)

ROBERTO. A todas horas me hubieses encontrado: quería estar aquí cuando tú llegases para despedirme de tí...

JUSTO. Huyes! (Con desprecio.)

ROBERTO. Por hacer algo que no hice nunca! (Conteniéndose.)

JUSTO. Antes tienes que entenderte conmigo. Abajo tengo un coche y testigos: vamos!

ROBERTO. No!

JUSTO. ¿Qué dices! (Avanzando al centro.)

ROBERTO. Estoy dispuesto á no batirme!

JUSTO. Tén al ménos la dignidad de los malos: sé valiente!

ROBERTO. Dí lo que quieras! No acepto esa lucha: tengo otro lance pendiente: cuando le termine...

JUSTO. Mientes! (Con violencia.)

ROBERTO. No es raro que lo hayas conocido! (Conteniéndose.) Mentía por vez primera! (Con nobleza.)

JUSTO. Vamos! (Con impaciencia.)

ROBERTO. No!

JUSTO. No me obligues á emplear otros medios! (Roberto se levanta con violencia, y vuelve á caer en su asiento.)

ROBERTO. Óyeme, Justo. Anoche los dos estábamos locos: yo de amor, tú de ira. Si explicaciones te debo de mis actos, iguales podría yó pedirlas de tus palabras. No las pido: no las necesito, no las quiero!

JUSTO. Ah! Es que tú nada has perdido, y yo en cambio he caido de lo alto de mis ilusiones de hombre, en el mar de las realida-

des infames: es que me encuentro manchado de cieno y necesito limpiar ese lodo con sangre! Ven. (Furioso. Transicion.)

ROBERTO. Es inútil cuánto digas! No me bato!

JUSTO. Estoy decidido á obligarte! No me fuerces á ello! Salgamos!

ROBERTO. No saldré!

JUSTO. Cobarde!

ROBERTO. Si hay algo en el mundo capaz de inspirarte compasion ó ternura: si dudando de tu hija crees todavía en algo bueno y en algo honrado, por lo que sea te suplico que me dejes, que no me provoques, que no me irrites! ¿No comprendes que contra tí no puedo defenderme, que eres el padre de María, de la única mujer que he amado yo en este mundo? Ten compasion de mí! Déjame!

JUSTO. ¿Y eres tú, que te humillas así, el hombre á quien todos tenían por valiente?

ROBERTO. Yo no soy nada de lo que fuí: soy un desgraciado que llegué á tener al lado mio la dicha, y que la he perdido para siempre!

JUSTO. El honor vale más que la dicha! Yo he perdido el mio por culpa tuya! Roberto, sigueme; estoy resuelto á todo... ¿Me entiendes?

ROBERTO. ¿Me prometes no decir nunca á María que he muerto á tus manos? (Bajando la voz y apartándole de la puerta donde está María.)

JUSTO. Te lo juro!

ROBERTO. Pues dime hora y sitio. Iré á buscarte.

JUSTO. Ha de ser ahora mismo!

ROBERTO. Ahora no! (Con terror.) Vete y espérame.

JUSTO. Si hoy llegases á Madrid vivo, cada persona que te viese se burlaría de mí como de un inbécil ó un villano. Me hace falta tu vida en el instante! (Transicion.)

ROBERTO. No: no puede ser! No tienes razon para eso, y no sucederá! Haz cuenta que uno para otro hemos muerto. Desgraciadamente no hemos de vernos más en este mundo. Yo no soy culpable para contigo: tu hija es honrada, y de mis faltas con Marta Quirós no puede ser juez, quien entónces ni áun la conocia!

JUSTO. ¿Te atreves á recordarme esa afrenta cuando vengo á matarte? (Transicion.) ¡Admito que hayas respetado á la hija! ¡Qué importa! ¡Me falta venganza para la madre!

ROBERTO. En la época de esa historia aquella mujer no era la tuya...

JUSTO. Yo la hice mia por su pasado, que juzgué bueno, y de este modo su pasado fué mio tambien. ¡Yo le recojo, y así tengo un motivo justo para vengarme! ¡Si no pudiese hacerlo, me mataria la desesperacion! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Pero pronto!

ROBERTO. ¡Estás loco! (Con energía.) Si yo no podia suponer que Marta fuese nunca tu esposa, ¿en qué pude ofenderte?

JUSTO. ¿Quieres que se perdone al que envenena un manantial, porque ignora al envenenarlo quién ha de beber aquel agua? (Con sarcasmo.) ¡Los delitos, ó lo son contra todos, ó no son delitos! ¿Lo es lo que tú hiciste? ¡Pues yo lo cobro! Lo demás, ¿qué te importa? Y basta de inútiles explicaciones. Si el insulto es poco... te cruzaré el rostro con mi mano.

ROBERTO. ¡Miserable! (Con furor.) Vete, vete... que no te vea. Eres padre de María... no puedo ofenderte.

JUSTO. ¡No ocultes tu cobardía con la máscara hipócrita de tu cariño! ¡María es mi sangre, y sabiendo tu infamia, te aborrecerá como yo te aborrezco!

ROBERTO. ¡María aborrecerme! ¡No la conoces! Ella me ama, y quizás... olvidaria mi delito, permitiéndome acompañarla por esta áspera senda de la vida!

JUSTO. ¿Qué dices? ¿María podrá olvidar que has sido el amante de su madre? ¡Mientes, mientes! ¿Y esperarás tal vez á que yo muera, para emplear con ella tus artes infernales de seduccion, para enloquecerla?... (Pausa.) ¡Ni vivo ni muerto yo, será tuya mi hija! (Llega á Roberto y le dá una bofetada.) ¡Ya hay para siempre una barrera entre tú y ella! (Roberto hace esfuerzos desesperados para contenerse.)

ROBERTO. ¡Maldito seas! (Haciendo un esfuerzo de resignacion.)

JUSTO. ¡Sígueme! ¡Si tardas, diré á todos que Roberto Mejía lleva en el rostro la señal de mis manos! (Ya en la puerta, Roberto corre á la mesa, coje una pistola y se dirige contra don Justo. A la mitad

del camino la arroja al suelo) Ahora tú me buscarás. (Acercándose á él. Despues sale.)

ROBERTO. ¡Se vá!.. (Luchando entre salir tras él ó contenerse.) ¡Hierro!.. (Cogiendo un arma.) ¡Sangre!.. ¡Muerte!.. ¡Quiero matarle!.. (Estúdiese muy bien esta escena muda. El actor tiene que representar la lucha terrible de un hombre de valor que ha recibido un ultraje y no puede vengarlo porque otra pasion más fuerte se lo impide. (Sigue oyéndose el rumor de algunas palabras de D. Justo. Roberto permanece en el centro de la escena, como un hombre que ha perdido la razon á causa del sufrimiento.) (Se oye la puerta de la calle.) ¡¡Se fué!! (Con furor indescriptible y como quien vuelve de un sueño, al oir sonar la puerta.) ¡Que no se vaya! ¡que no se vaya! ¡Quiero matarle! (María ha salido del cuarto donde estaba encerrada, y mientras Roberto ha cogido un arma de panoplia, ella se ha puesto en la puerta de salida en actitud suplicante.

ESCENA FINAL.

ROBERTO, MARÍA.

MARÍA. ¡¡¡Es mi padre!!! (Roberto retrocede al verla. Lucha un momento y cae en un sillon contra la mesa, sollozando. Pausa. Levanta la cabeza: la mira con éxtasis, y dice:

ROBERTO. ¡María!

MARÍA. ¡Es mi padre!!

ROBERTO. ¿Olvidas su ofensa?

MARÍA. ¡Recuerdo tu juramento!

ROBERTO. ¡Necesito su vida!

MARÍA. ¡Toma antes la mía!

ROBERTO. ¡Me pides mi honra!

MARÍA. ¡En cambio te doy mi admiracion, mi gratitud, mi amor eterno! (Pausa.)

ROBERTO. ¡María!

MARÍA. Cede, cede por mi amor. (Avanzando hácia él.)

ROBERTO. ¡Le perdono! (Cae sollozando en el sillon.)

MARÍA. (Pausa algo larga. María se vá acercando lentamente hasta colocarse al lado de Roberto.) ¡Bendito seas! Nunca olvidaré tu sacrificio. Ahora eres grande... Ahora me siento orgullosa de tu amor.

ROBERTO. (Mirándola con desesperacion.) Partiré de España dentro de dos horas, y no volveré... si no me llamas...

MARÍA. Toma. (Arrancándose del cuello una cruz.) La he llevado siempre conmigo. Consérvala. Mi alma vivirá solo de tu recuerdo. Mi corazon será siempre tuyo. (Con ansiedad.) ¡Allí te aguardo! (Señalando al cielo.) ¡Adios! (Sin que él pueda adivinarlo, le dá un beso en la cabeza y huye.)

ROBERTO. (Se levanta para seguirla y á mitad del camino se detiene con desaliento.) ¡Me aguarda en el cielo! Y mientras llega, ¿quién reparte aquí tan mal la dicha y la desgracia? ¿Es el acaso? ¿Es Dios? (Transicion.) Que yo sufra, es justo; porque he pecado; pero ella, honrada, inocente...—¡Señor! Señor! ¿por qué consientes en este mundo, que tú has hecho, tantas injusticias?

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DEL AUTOR

ESTUDIOS SOBRE FILOSOFÍA DE LA CREACION. Exposicion y exámen de los sistemas revelados y trasformistas, sobre el orígen de las especies. Un tomo en 4°, de 400 págs. 1876.—24 rs.

LA ORATORIA. Estudio crítico, leido en la Seccion de Literatura del Ateneo de Madrid. Un vol. en 8°, de 200 pags. 1878.—12 rs.

OBRAS FILOSÓFICAS DE SPINOZA, traducidas y precedidas de una Introduccion doctrinal. Un tomo en 4°, de 500 pags. 1878.—28 rs.

LA BIOLOGÍA. Parte primera. Sistemas biológicos de la Ciencia y de la Filosofía modernas. Un vol. en 8°, 1879.—12 rs.

TEORÍA ORGÁNICA DEL ESTADO. Ensayo filosófico sobre los principios fundamentales de la política. Un tomo en 4°.—24 rs.

LEY DE ENJUICIAMIENTO CIVIL, de 3 de Febrero de 1881, comentada y concordada. Seis vols. en 4°, 240 rs.

MORIR DUDANDO. Drama original en tres actos y en prosa. Un foll.—8 rs.

EN PRENSA.

LA BIOLOGÍA. Parte segunda, determinacion del problema «Concepto de la Vida.»